

El amor de una mujer generosa

Desde hace un par de décadas hay un museo en Walley dedicado a conservar fotografías, mantequeras, arcos de montura, una vieja butaca de dentista, un engorroso artilugio para pelar manzanas y demás curiosidades, como aquellos pequeños aisladores de porcelana o vidrio tan bonitos que se ponían en los postes de telégrafo.

Hay también un estuche rojo en el que se lee D. M. WILLENS, OPTOMETRISTA en letras impresas, y al lado una nota donde dice: «Este estuche de instrumental óptico tiene un notable valor local, no tanto por su antigüedad como porque perteneció al señor M. D. Willens, que murió ahogado en el río Peregrine en 1951. El estuche se salvó del accidente, y al parecer fue recuperado por el donante anónimo que lo entregó para que formara parte de nuestra colección».

El oftalmoscopio podría hacer pensar en un muñeco de nieve. La parte superior, en concreto, la que está sujeta al mango hueco. Un disco grande, con un disco más pequeño encima. En el disco grande hay un orificio por el que se mira mientras se van moviendo las lentes. El mango es pesado, porque todavía lleva las baterías dentro. Si se sacaran las baterías y se colocara la correspondiente

varilla, con un disco en cada extremo, se le podría conectar un cable eléctrico. Pero debía de darse la necesidad de utilizar el instrumento en sitios donde no había electricidad.

El retinoscopio parece más complicado. Debajo del arco donde se apoya la frente hay algo similar a la cabeza de un elfo, con una cara plana y redonda y un capuchón metálico. La pieza se sostiene en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre una fina columna, y en lo alto de esa columna se supone que ha de encenderse una lucecita. La cara plana es de cristal, una especie de espejo oscuro.

Todo el material es de color negro, pero solo por la pintura. En las zonas que la mano del optometrista debía de rozar más a menudo, la pintura ha saltado y se ve el brillo plateado del metal.

I Jutland

Este lugar se llamaba Jutland. Antiguamente hubo aquí un molino y algún tipo de asentamiento, pero a finales del siglo pasado ya no quedaba nada, aunque a decir verdad nunca llegó a prosperar demasiado. Mucha gente creía que se llamaba así en honor a la famosa batalla naval de la Primera Guerra Mundial, pero en realidad todo estaba en ruinas antes de que esa batalla tuviera lugar.

Los tres chicos que subieron hasta aquí una mañana de sábado a principios de la primavera de 1951 creían, como casi todos los niños de la zona, que el nombre guardaba alguna relación con los viejos tablones de madera que sobresalían de la margen del río y los gruesos puntales que asomaban en el agua cerca de la orilla,

formando una empalizada desigual. (En realidad eran los restos de un dique, construido antes de los tiempos del cemento). Los tablones, un montón de piedras angulares, un arbusto de lilo, varios manzanos enormes deformados por el nudo negro y la acequia del molino, una zanja poco profunda que se llenaba de ortigas cada verano, eran los únicos vestigios de aquella época.

Un camino comunicaba con la carretera del pueblo, pero nunca se había pavimentado de grava y aparecía en los mapas como una línea de puntos, una pista forestal. En verano circulaban bastantes coches, de la gente que iba a nadar al río o las parejas que buscaban un sitio donde aparcar. Había un claro donde se podía dar la vuelta justo antes de llegar a la acequia, pero solía estar tan invadido de zarzas y berros, y cicuta silvestre en los años lluviosos, que a veces los coches tenían que retroceder marcha atrás hasta la carretera.

Las huellas de coche hasta el borde del agua se distinguían a primera vista aquella mañana de primavera, pero estos chicos no las advirtieron porque solo iban pensando en nadar. Al menos ellos lo llamaban nadar; al volver al pueblo dirían que habían estado nadando en Jutland cuando aún quedaba nieve.

Aquí, río arriba, hacía más frío que en las vegas cerca del pueblo. En los árboles de la ribera todavía no había brotado ni una sola hoja, la única nota de verdor la ponían los puerros silvestres y las caltas palustres, frescas como espinacas, que crecían en todos los arroyuelos que bajaban hasta el río. Y en la otra orilla, bajo unos cedros, vieron justamente lo que buscaban: una franja alargada, fina y pertinaz de nieve gris como la piedra.

Aún no se había derretido del todo.

Así que saltarían al agua y sentirían el frío atravesándolos

como puñales de hielo. Puñales de hielo que les salían por los ojos y se les clavaban desde dentro en la parte superior del cráneo. Alestarían unas cuantas veces y saldrían del agua temblando y castañeteando los dientes; embutirían los brazos y las piernas entumecidos en la ropa, sintiendo en las carnes la dolorosa y lenta reconquista de la sangre y el alivio de haber cumplido con el desafío.

Las huellas que no habían advertido cruzaban en línea recta la acequia, donde ahora no crecía nada y solo quedaba la hierba amarillenta muerta y aplastada del año anterior. Cruzaban la acequia y llegaban al río sin que se advirtiera ningún intento de dar la vuelta. Los chicos pasaron por encima, pero entonces se habían acercado lo suficiente al agua para que algo más extraordinario que unas huellas de neumáticos captara su atención.

Había un destello azulado en el agua que no era un reflejo del cielo. Era un coche totalmente hundido en la poza, medio inclinado, con las ruedas delanteras y el morro encajados en el cieno del fondo, y el maletero abombado casi rozando la superficie. El celeste era entonces un color poco común para un coche, y la carrocería redondeada tampoco era frecuente. Enseguida lo supieron. Aquel pequeño coche inglés, el Austin, seguramente el único en todo el condado. Era del señor Willens, el optometrista. Cuando iba sentado al volante parecía un personaje de historieta cómica, porque era un hombre corpulento pero de poca estatura, cargado de hombros y con la cabeza muy grande. Siempre parecía metido a presión en aquel pequeño coche como si fuera un traje a punto de reventar.

El coche tenía una escotilla en el techo que el señor Willens abría cuando hacía buen tiempo. Ahora estaba abierta. No se veía

bien qué había dentro. El color del coche permitía distinguir perfectamente la silueta, pero el agua no estaba demasiado clara y las formas más oscuras se veían turbias. Los chicos se agacharon en la orilla, luego se tumbaron boca abajo sacando la cabeza como tortugas, intentando atisbar en el interior. Había algo oscuro y peludo, algo parecido a la cola de un animal grande, que salía por la escotilla del techo y se movía lánguidamente en el agua. Enseguida se dieron cuenta de que era un brazo, metido en la manga de una chaqueta oscura de un material grueso y afelpado. Todo indicaba que el cuerpo de un hombre —tenía que ser el cuerpo del señor Willens— estaba atrapado dentro en una postura extraña. La fuerza del agua (porque incluso en la represa del molino el agua llevaba bastante fuerza en esta época del año) debía de haberlo levantado del asiento y lo había empujado a su antojo, de manera que un hombro había quedado cerca del techo y el brazo libre. Seguramente la cabeza estaba encajada contra la puerta y la ventanilla del conductor. Una rueda delantera se notaba más hundida en el lecho del río que la otra, lo que significaba que el coche estaba ladeado, además de inclinado hacia delante. De hecho, probablemente la ventana estuviera abierta y la cabeza asomara por fuera, a juzgar por la posición del cuerpo, pero eso no alcanzaban a verlo. Podían imaginar la cara del señor Willens tal como la conocían: una cara grande y cuadrada que a menudo adoptaba una expresión ceñuda muy teatral, pero nunca amenazante de verdad. Tenía un pelo fino y crespo, rojizo o cobrizo en la coronilla y peinado en diagonal sobre la frente. Las cejas eran más oscuras que el pelo, tupidas e hirsutas como un par de orugas pegadas por encima de los ojos. A los chicos les parecía una cara grotesca de por sí, igual que las caras de tantos otros adultos, y no les daba miedo

verla ahogada. Pero lo único que se distinguía era aquel brazo y la mano pálida. Consiguieron observar la mano con bastante nitidez una vez se acostumbraron a mirar a través del agua. Se mecía temblorosa y vacilante, como una pluma, aunque con una textura similar a la de la masa. Y también igual de ordinaria, una vez te acostumbrabas a verla allí. Las uñas parecían caritas limpias, con su mirada inteligente y cotidiana de saludo, ignorando sabiamente las circunstancias.

«La madre que lo parió —dijeron los chicos. Con voces cada vez más enérgicas y un tono de profundo respeto, incluso de gratitud—. La madre que lo parió.»

Era la primera salida que hacían este año. Habían cruzado el río Peregrine por el puente de doble arco y un solo carril que se conocía como Puerta del Infierno o Trampa de la Muerte, aunque el verdadero peligro, más que el puente en sí, era la curva cerrada que daba la carretera en el lado sur.

Había un arcén para los peatones, pero nunca lo utilizaban. No recordaban haber ido nunca por ahí. Quizá hacía años, cuando todavía tenían edad para que los llevaran de la mano. Pero para ellos esa época no existía; no habrían admitido que formaba parte de su pasado ni aunque les hubieran enseñado fotografías que lo probaban o los hubieran obligado a escuchar anécdotas en las conversaciones de la familia.

Cruzaron el puente caminando por el pretil de hierro que había al otro lado. Era un bordillo de un palmo de anchura que se levantaba más o menos un pie del suelo del puente. El río Peregrine arrastraba el hielo y la nieve derretida del invierno hasta el lago Hurón. Apenas empezaba a recuperar el caudal, después de las

crecidas que cada año empantanaban las llanuras, arrancando los árboles jóvenes y arremetiéndolo contra cualquier bote o cabaña que encontraban a su paso. Con los riachuelos fangosos que seguían drenándose de los campos y el pálido reflejo del sol en la superficie, el agua parecía caramelo hirviendo. Pero si te caías dentro te congelaría la sangre y te arrojaría río abajo, si no te estampa antes en los contrafuertes y te partía el cráneo.

Los coches tocaban el claxon, en señal de advertencia o de reproche, pero los chicos no hicieron caso. Avanzaron en fila india ensimismados como sonámbulos. Al llegar a la orilla norte se encaminaron hacia el valle por los atajos que recordaban del año anterior. La crecida era tan reciente que resultaba difícil seguir esos senderos. Había que ir pisoteando la maleza caída y saltar de un montículo de hierba fangosa al otro. A veces no ponían mucho cuidado al saltar y aterrizaban en el barro o en los charcos que aún quedaban, y cuando se les mojaron los pies dejaron de preocuparse. Siguieron chapoteando por el barro y los charcos, mientras el agua se les metía por el borde de las botas de goma. Soplaban un viento cálido, que deshacía las nubes en hilachas de lana vieja, y las gaviotas y los cuervos se peleaban y se lanzaban en picado hacia el río. Los halcones volaban en círculos en lo alto, ojo avizor; los tordos acababan de volver por primavera, y los mirlos de alas rojas revoloteaban en parejas, con un plumaje tan lustroso que parecía lacado.

—Debería haberme traído el rifle del veintidós.

—Debería haberme traído la escopeta de cartuchos.

Eran demasiado mayores para levantar unos palos y hacer ruidos de disparos. Decían esas cosas lamentándose con naturalidad, como si pudieran disponer de las armas cuando quisieran.